

ORTIZ.
No me visteis desde niña :
Impidió el comunicarnos
El riguroso instituto
Colegial ; y es cosa clara
Que aunque os enseñe la cara,
Ha de ser de poco fruto
Examinarme por ella.
Fuera de que yo os prometo
Enseñarosla en secreto :
Quizá os acordaréis della.
Pero entre testigo tanto
La vergüenza lo defiende.

MAJUELO.
No he de creer que no es duende,
Mientras no corriere el manto.

GONZALO.
Las señas son tan bastantes,
Que emudezco convencido ;
Pero habiéndos prometido
Vuestro padre, y aunque amantes,
Siendo Don Gabriel y yo
Amigos, será cordura
Que dilateis mi ventura.

ORTIZ.
Ya Don Gabriel empleó
En esta casa el cuidado
Que su mudanza interesa.

GABRIEL.
¿Yo? ¿En quién?

ORTIZ.
Vos, en la Condesa,
Que por vos se ha avecindado
En la misma habitacion
Que vivis, por ahorros
De noche el romadizaros,
Rondando puerta ó balcón.

GABRIEL.
¡Ojalá fuera eso así!
Soltárais yo la promesa.

ORTIZ.
Pues sabed que la Condesa
Por vos de Sevilla aquí
Viene, y dueño suyo os llama.

LUIS.
Eso no, mientras yo viva.

GONZALO.
¿Cómo que no, cuando estriba
El asegurar mi dama
Conformándose los dos?

LUIS.
Niego esas conformidades ;
Que en puntos de voluntades
Primero soy yo que vos.

GONZALO.
¿Luego á la Condesa amais?

LUIS.
Don Gonzalo, amarla es poco ;
Por su belleza estoy loco.

GABRIEL.
Imposibles alentais ;
Que he visto yo en la Condesa
Muestras de quererme bien.

GONZALO.
A todos nos está bien
Patrocinár esta empresa.

LUIS.
Muriendo yo, podrá ser
Que otro conquiste su amor.
Casaos con Doña Leonor,
Y dejad esa mujer,
Que á todos nos desatina.

GONZALO.
¿Cómo, si veis que se emplea

En mí, y dueño me desea,
Agraviaré á Serafina?

GABRIEL.
Ni yo ¿cómo sufriré
Competencias de mi dama,
Si esposo suyo me llama
La Condesa?

LUIS.
Moriré
Matando á quien se me oponga.

MAJUELO.
¡Miren aquí lo que pasa
En Madrid y en una casa!
Barzagas que lo componga.
(Dentro.) UNOS.
¡Fuego, fuego!

OTROS.
¡Ayuda, cielos!

UNOS.
¡Favor!

OTRO.
¡Jesus! que se abraza
El cuarto de la Condesa!

TODOS.
¡Fuego, fuego!

UNO.
Traigan agua.

DON LUIS.
¿La Condesa en tal peligro?
Aquí de amor, que sus llamas,
Puesto que el pecho me enciendan,
Las materiales apagan. (Vase.)

Salen DOÑA MANUELA, de viuda,
y INES; música.
DOÑA MANUELA.
Felizmente se eslabonan
Nuestras amorosas trazas :
No medra amor sin ingenio ;
Va de fingida desgracia.
Cantan.
Sobre el regazo de Venus
Aquella diosa que al nácar,
Siendo perla, debió cuna,
Siendo fuego, vivió en agua....

Salen todos, menos DOÑA LEONOR ni
ORTIZ, y ORDONEZ y MAJUELO, por
puertas diferentes con dos cántaros
de agua : encuéntranse, y caen y
quiebranlos.

LUIS.
¿Adónde está la Condesa?

GABRIEL.
¿Dónde el incendio maltrata
Descortés al mismo sol?

ORDONEZ.
Toquen á fuego.

MAJUELO.
Aquí hay agua.

ORDONEZ.
¡Ay, demonios! ¿qué habeis hecho?

MAJUELO.
¡Ay! Echarme con la carga.

ORDONEZ.
Roto me habeis las costillas.

MAJUELO.
Quien agua, como yo, saca,
Que le nazcan treinta potras.

DOÑA MANUELA.
¡Hola! ¿qué es esto?

MAJUELO.
Madama,

Cascos son, y no en arropo.

DOÑA MANUELA.
¿Qué es, señores, lo que mandan
Vuestas mercedes aquí?

GONZALO.
¿Como qué? ¿Y no se abrasaba,
Señora, este cuarto vuestro?

DOÑA MANUELA.
No tengo yo á mis criadas
Por tan poco cuidadosas,
Que ocasionen tal desgracia.

LUIS.
¿No daban voces ahora,
Aquí todos? no gritaban,
A fuego desde allá dentro?

DOÑA MANUELA.
¡Jesus! ¿Aquí?

MAJUELO.
¿Musarañas

A recuas?

DOÑA MANUELA.
Nunca más quietas
Que ahora.

GABRIEL.
¿Quién nos encanta,
Cielos, quién nos desvanece?

MAJUELO.
Agua bendita, por santa,
No por agua, desdiablados.

ORTIZ. (Dentro.)
¡Don Gonzalo, que me mata
Celosa Doña Leonor!
¡Don Gabriel!

MAJUELO.
¡Miren si escampa!

ORTIZ. (Dentro.)
Don Luis, poned cordura
En vuestra atrevida hermana.

GONZALO.
Aquella es mi Serafina,
Que en su socorro me llama. (Vase.)

LUIS.
Celosa Doña Leonor,
La obligan á destemplanzas
Indignas de su nobleza. (Vase.)

DOÑA LEONOR. (Dentro.)
No has de lograr tus marañas :
Mi esposo ha de ser mi primo.

LUIS.
Loca está, voy á aquietarla. (Vase.)

DOÑA MANUELA.
Señores, todos es justo
Que volvamos por la causa
De Leonor, que es muy mi amiga. (Vase.)

GABRIEL.
¡Jesus mil veces!

MAJUELO.
¿Mas que andan
Ensayando las estrellas
Arriba juego de cañas,
Porque se acerca el antrujo?

GABRIEL.
Sáqueme Dios desta casa. (Vase.)

MAJUELO.
Aunque nos eche á galeras,
Que si hay chusma, no tan mala. (Vase.)

Salen DOÑA LEONOR y ORDONEZ
con unas almohadillas.

DOÑA LEONOR.
Poned esas almohadillas
Aquí, y despejad la sala.

ORDONEZ.
¿Sobre qué fueron las voces?

DOÑA LEONOR.
No os toca el averiguarlas.

ORDONEZ. (Ap.)
¡Ya pendencias, ya sosiegos!

DOÑA LEONOR.
Andad con Dios.

ORDONEZ.
Aquí hay maña :
Bellísima es mi señora,
Mas bellísima bellaca.
(Canta Leonor y hace labor.)
Si pensais que hay privilegios
Contra aquel pájaro dios,
Que en el trono de sus llamas
Tiene por cetro un arpon,
Mal conocets al amor,
Leonor.

Van saliendo TODOS
GONZALO.
Todo está de paz aquí.

MAJUELO.
¡Oigan con que flema labra,
Y entre col y col lechuga,
Dibuja flores y canta!

LUIS.
Yo no sé si estamos locos.

DOÑA LEONOR.
Luis, primo....

LUIS.
Pues, hermana,
¿Contra vuestra confidente
Descompuesta y enojada!

DOÑA LEONOR.
¿Yo? ¿Qué decis?

LUIS.
Las querellas
De quien á voces se agravia
De vos, y nos alborota.

DOÑA LEONOR.
No está el tiempo para gracias:
(Cantan.)
Mal conocets al amor,
Leonor.

LUIS.
Sin conocerlo, ya bastan
Hipócritas dismulos.

Salen DOÑA MANUELA.
DOÑA MANUELA.
Amiga, quien desbarata
Vuestra paz, sin duda ignora
Que me tiene por contraria.

DOÑA LEONOR. (Levántase.)
No entiendo á Vuesñoria,
Aunque de fineza tanta
Nuevas deudas reconozco.

LUIS.
Destejamos ya esta trama,
Que es de Doña Serafina.

DOÑA LEONOR.
Vos que os cansais en buscarla,
Nos daréis noticia della,
Puesto que tan fértil anda
De Serafinas el tiempo,
Que ayer admiti una en casa,
Y ya son dos, si no tres,
Las que la viven, y entrambas,
Si en la pretension distintas,
Conviene en la sustancia,
Pues cada cual de Toledo
Dice que es la colegiala.

LUIS.
Leonor, Leonor, ¿qué es aquesto?

DOÑA LEONOR.
Luis, Luis, esperadlas,
Que yo os las sacaré á vistas. (Vase.)

MAJUELO.
¡Vive Dios, que están borrachas!

GONZALO.
¿Conoceislas vos, señora?

DOÑA MANUELA.
¿Yo? ¿á qué propósito?

LUIS.
Extrañas
Inventiones nos ofuscan.

MAJUELO.
Pues aun no están acabadas.
Sale ORTIZ, como primero, cubierta.

ORTIZ.
Si pretende Don Gabriel
Acreditar sus mudanzas,
Siendo mi esposo por fuerza,
Resuélvase en que se cansa.
Si Don Gonzalo me olvida,
O con dilaciones largas
Finge mi padre respetos,
Poco le obligan mis ansias.

GONZALO.
Yo, señora, os cumpliré
Como noble mi palabra,
Si Don Andres viene en ello
Y os descubris vos la cara.

DOÑA LEONOR, vestida como
Ortiz y cubierta.
DOÑA LEONOR.
No hará mientras yo no guste ;
Que las dos, juramentadas,
No podemos sin licencia.

GONZALO.
¿Quién sois vos?

DOÑA LEONOR.
La toledana,
La esposa de prometido
De Don Gabriel, la que le ama
Como el abril á sus flores,
Como el enero á su escarcha.

ORTIZ.
No por eso reñiremos.

MAJUELO.
En albis vienen entrambas :
¿Mas si en albis se volviessen?

LUIS.
Segun eso, solo falta
Averiguar certidumbres.
Sepamos la propietaria
De las dos, porque me importa
Infinito el conformarlas ;
Pues saliendo destas dudas,
No podrá ser tan ingrata
La nobleza que escogiere,
Que malogre su esperanza.

DOÑA LEONOR.
Descúbrome pues, y elijo
A Don Gonzalo, si es malta
La sangre de amor. (Descúbrese.)

LUIS.
Leonor, ¿qué decis?

DOÑA LEONOR.
¿No llamas
Primo á Don Gonzalo tuyo?
Pues todo se cae en casa.

LUIS.
No es tu primo, fingió serlo.

DOÑA LEONOR.
Mejor que mejor, que tardan
Mucho las dispensaciones.

LUIS.
Pues ahora ¿no afirmabas
Que era Don Gabriel tu empleo?

DOÑA LEONOR.
No es amor el que no enlaza
Entre verdades mentiras.

LUIS.
Y vos ¿qué decis?

GONZALO.
Que á tanta
Obligacion y fueza
Es poco ofrecer el alma.

LUIS.
Y vos ¿venis bien en esto?

ORTIZ.
¿Pues no? Si los dos se casan,
Dirimo yo matrimonios?
Dios les dé sucesion larga.

LUIS.
Conforme lo que hemos visto,
Vos, señora, sois la causa
De todo, y la Serafina
De Toledo.

ORTIZ.
Eso me basta
Para salir verdadera.

LUIS.
Pues si estais determinada
De no amar á Don Gabriel,
Descubrios, y dad traza
De disponer vuestras cosas.

ORTIZ.
Tan dispuestas y ordenadas
Las tiene ya mi eleccion,
Que entre vosotros me aguarda
Igual consorte á mi estrella.

LUIS.
Si soy ese, repudiada,
Porque estoy....

ORTIZ.
No os congojeis,
Que os lleva muchas ventajas
El que ha de ser mi consorte.

LUIS.
¿Quién es?

ORTIZ.
Esta mala cara. (Por Majuelo.)
(Descúbrese.)

MAJUELO.
¡Jesucristo! ¿Yo cigüeno?
¿Yo matrimonio mortaja?

ORTIZ.
Ea pues, que si se desposan
Su Don Gabriel y mi ama,
Hermanaremos raciones,
Pues todo se cae en casa.

LUIS.
¿Cómo Don Gabriel? Primero....

ORTIZ.
Chiton, señor, á la espada,
Que há dos años que en Sevilla
Mi señora, aunque recata
Pasiones, noble y honesta
Le tiene tan en el alma,
Que no se le sacarán
Cien pistolas catalanas.
Ella fué la arquitectora
De todas estas marañas :
La de San Blas, el bolsillo,
Y la que á puertas cerradas
Se entró sin encantamentos.

MAJUELO.
Eso es solo lo que aguardan
Suspensos estos señores.
ORTIZ.
Un huésped tuvo esta casa,
Y ese cuarto, cuya industria,
Con consulta de su dama,
Que en el de abajo vivía,
Una bovedilla arranca,
Que cae sobre el camarín;
Y fingiéndola de tablas
Y yeso mate, de suerte
Levadiza la disfraza,
Que pudo, á pesar de estorbos,
Desmentir la vigilancia
De una madre toda ceños,

Y por medio de una escala
Bajar y subir por ella.
Supo, aunque tarde, esa trampa
Doña Leonor, mi señora,
Y prudente en ocultarla
De su hermano Don Luis,
Por no ocasionar desgracias,
Los huéspedes despidió,
Hasta que vino á lograrla
En favor de la Condesa.
¿No es esto verdad?
DOÑA LEONOR.
Y causa
De las dichas conseguidas.
Hermano, la toledana,
Destos lauces inocentes,

Es ejemplo de su patria.
Consolaos, y con su viejo
La pretendid, que si se hallan
Virtud, caudal y nobleza
Juntas, es ventura rara.
GABRIEL.
Y vos, en cuyo silencio,
Dueño absoluto del alma,
Aprendo á callar finezas,
Por no saber ponderarlas,
Estad cierto que he de ser...
MAJUELO.
Et cetera, que eso basta,
Y el saber lo que sucede
En Madrid y en una casa.

II.

Fragmentos de la comedia intitulada EL REY DON PEDRO EN MADRID, incluida en una Quinta parte de Comedias de Don Pedro Calderon de la Barca, impresa en Barcelona por Antonio La Culleria, año de 1677.

FRAGMENTO 1.º

(Cómparese con el pasaje correspondiente en la página 594, columna 2.ª de este volumen.)

REY.
¡Vive Dios!
FORTUN.
¡Gran señor...!
DON JUAN.
Señor, ¿qué es esto?
FORTUN.
¡Tú á pié!
DON ALONSO.
¡Tú sin color!
DON JUAN.
¡Tú descompuesto!
FORTUN.
Milagro hallarte ha sido.
REY.
No digais que el Rey soy.
FORTUN. (Ap.)
Algo ha tenido.
DON ALONSO. (Ap.)
¡Qué severo!
FORTUN.
¡Qué grave!
Aun en él mismo su valor no cabe.
REY.
¿Ha llegado la Reina?
FORTUN.
¿Cómo puede llegar si en prision reina?
REY.
Necio, solo en Castilla
Reina el sol de Padilla:
Doña Maria hermosa
Mi legitima esposa
Viene á ser solamente:
Y esto no es eleccion ni es accidente,
Sino afecto cristiano;
Que de esposo te di la fe y la mano
Antes que Don Fadrique á Francia fuera,
Y así es en mí la Majestad primera.
Reina es Doña Maria de Padilla,
Que Blanca no es moneda de Castilla.
(Vanse.)

FRAGMENTO 2.º

(Cómparese con el pasaje correspondiente en la página 595, columna 2.ª de este volumen.)

CRIADO.
En el zaguan se ha apeado
Un bizarro caballero,
Y para entrar tu licencia
Está aguardando.
DOÑA LEONOR. (Ap.)
Si el cielo
A Don Rodrigo me envía
A impedir el casamiento?
Mas no osará aventurarse
Al rigor deste soberbio.
TELLO.
¿Cuándo en mi casa se impide
La entrada á nadie? Entre luego,
Que hoy para todos es día.
Sentáos, y dadme ese asiento,
Que yo sentado recibo
Al mismo Rey.
CRIADO.
Ya está dentro.
Siéntase Don Fernando en una silla,
ella en un cojín y él en otra, y sale
EL REY DON PEDRO.
REY.
Dadme, señores, las manos.
TELLO.
No he de oírle descubierto:
Cúbrase, hidalgo. — Un escaño
Artrastrad.
REY.
Paso á Toledo
De priesa.
TELLO.
Grosero he andado;
Mas perdone lo grosero
Por desposado.
CORDERO.
(Saca un banco.)
El escaño
Está aquí.
TELLO.
Dos sillas tengo
Solamente, que es la mía,

Y la que ocupa mi suegro:
Una elegid de las dos.
REY.
La ley alterar no quiero,
Que se usa con los deiras.
TELLO.
Los infanzones del reino
Apénas dan silla al Rey
En sus casas.
REY.
Ya lo veo,
Y así elijo lo que es mio.
(Ap. Ya de cólera reventio.)
¡Vive Dios, que estoy por dalle
Con el escaño! Mas venga
A moderar la grandeza
Sin arriesgar el respeto.
¿Que estos de cruel me infamen,
Teniendo tal sufrimiento?
Por quien soy, que viene á ser
Piedad la crueldad con estos.)
TELLO.
Aunque esa presencia y talle
Lo que es nos está diciendo,
¿Quién es el señor hidalgo?
REY.
Un aficionado vuestro
Por fama, que esta acreditada
Vuestros generosos hechos.
TELLO.
¿Qué altura de calidad?
REY.
Es en Córdoba Acebedo
Mi padre.
TELLO.
Es lucido hidalgo
Y un estirado escudero
De mi casa. ¿Y dónde pasa?
REY.
Al Rey me hacen seguir pleitos
De honor y de calidad.
TELLO.
Presto en Madrid lo tendrémos
Con Doña Maria.
REY.
Ya
Que estará en Madrid sospecho.
TELLO.
¿Que está ya en Madrid?
REY.
Bien puede

Ir vuestra merced á verlo.
(Ap. ¿Que haya en Castilla estos hombres
Sin darme á mi cuenta dellos?)
TELLO.
El pasará por aquí;
Que pocas veces me muevo
De Illescas, donde á los reyes
En mi casa los festejo
Y regalo. A Don Alfonso
Su padre este cuarto mesmo
Hospedó mas de dos veces;
Mas en él el rey Don Pedro
No entrará, si le acompaña
Doña Maria.
REY.
De hacello.
Su garganta no aseguro,
¡Vive Dios!
TELLO.
Yo la defiendo
Tan bien, que antes que la corte...
REY.
Hablad de los reyes ménos...
TELLO.
Hablar hacen, cuando dan
Los reyes tan mal ejemplo.
REY.
Por premios ó por castigos,
Los reyes malos y buenos
Dios á los reinos les da;
Y si al malo no debemos
Imitar por sí, por rey
Debemos obedecerlo.
Basta, ved que es mal sufrido
El Rey, y sé que á no serlo,
Os matara á cuchilladas. (Levántase.)
Vive Dios. — Mas, descompuesto
Estoy: perdonad, que ha sido,
Señor, generoso afecto
De vasallo.
TELLO.
Y yo lo soy,
Y lo he de ser, y me precio
De leal, mas que ninguno,
Y diganlo mis abuelos,
Y mis padres, y lo ilustre
Del solar de quien diciendo.
REY.
¿Quién lo duda? Mas los nobles
Deben hablar con mas tiento
De sus reyes. — Mas dejando
Esto para mejor tiempo,
Fué la causa de besaros
Las manos, ver en el pueblo
Tanto alboroto, y pensando
Que era el andar tan revuelto
Preveniones á su rey.
Que era, señor, me dijeron
Para las felices bodas,
Que logreis siglos inmensos
Con tal señora.
DOÑA LEONOR.
Ya en mi
Lo han sido los pensamientos:
¿Qué vendrán á ser los dias?
TELLO.
A esta comarca le debo
Tanto amor.
REY.
Dicen que en ella
Vuesa merced parte el cetro
Con el Rey.
TELLO.
Acá conocen
Por la firma y por el sello
Solo al Rey, y algunas veces
Es con mi consentimiento.
REY. (Ap.)
¿Hay tal desvergüenza? Ya

Tiemblo de escucharlo, y tiemblo
De mi mismo.
ELVIRA. (Dentro.)
Daré voces...
TELLO.
Cordero, mira este estruendo.
Salen BUSTO, ELVIRA Y GINESA.
ELVIRA.
A Dios y al Rey.
CORDERO.
¿Dónde vas?
ELVIRA.
Vamos á perder el seso.
LLO.
Echad fuera esas villanas.
¿Hay tan loco atrevimiento?
¿Al estrado de mi esposa
Se atreven?
ELVIRA.
Los sacrilegios
Se atreven á Dios, y aquí
Yo al sacrilego me atrevo.
Restituyeme mi honor.
GINESA.
Y tú el honor ó el pellejo,
Cordero burdo, has de darme.
BUSTO. (Ap.)
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¡El honor, dijo! Esto ha sido
El favor en el desprecio:
Ya desengañado estoy;
El desengaño me ha muerto.
TELLO.
Echadlas fuera ó matadlas.
CORDERO.
Salid, villanas.
GINESA.
¡Ah perro!
TELLO.
¿No acabáis?
REY.
Por ser mujeres,
Las disculpad.
ELVIRA.
Caballero,
Amparadnos.
REY.
Solo aquí
Puedo ampararos con ruegos,
Si acaso tenéis razon.
GINESA.
¿Y cómo que la tenemos!
TELLO.
Yo lo confieso tambien,
Y puesto que lo confieso,
¿Que pretendes?
ELVIRA.
Impedir
Tus bodas.
DOÑA LEONOR.
Yo las disuelvo,
Si gusta Tello Garcia.
TELLO.
Si todo el poder del suelo
Y el mismo Rey lo mandara,
No podria disolverlo:
Y á ese vil que tanto estimas,
Y que yo tanto aborrezco,
En casándome, he de hacelle
Pedazos.
REY. (Ap.)
¿Que esto consiento?
Mas tiempo tendrá el castigo.
DON FERNANDO. (Ap.)
No soy noble, pues no muero

Dando á Leonor libertad.
TELLO.
Antojo, que horrible y feo
Juzga ahora la razon
(Que el amor todo es defectos),
Me hizo en esta mujercilla
Malograr los pensamientos...
CORDERO.
Y á mi en esta.
TELLO.
Basta, loco.
CORDERO.
No lo soy, pues me arrepiento.
TELLO.
Mas ya por el disparate,
Todos los años le ofrezco
Cuatro mil maravedis.
CORDERO.
Y yo, que pequé en lo mesmo,
Doscientos maravedis
De mi racion le prometo.
GINESA.
No me contento con mil.
ELVIRA.
Mi honor pide mayor precio,
Y así quejaréme al Rey
En Madrid.
TELLO.
Verá que aprendo
El Rey dél.
REY.
Dice muy bien.
ELVIRA.
¿Por él vuelves?
REY.
Por él vuelvo:
Idos, villanas.
TELLO.
El Rey,
Como rey, pudiera hacello,
Mas no como hombre comun,
En campaña; que el respeto
Poderoso y soberano
Hace al Rey, y no el esfuerzo
Y así, si conmigo el Rey
Peleara cuerpo á cuerpo
Como hombre, yo le hiciera
Que lo heroico de mi pecho
Conociera á cuchilladas.
REY.
Yo dese valor lo creo;
Mas los reyes no pelean:
Aunque dicen que el Rey nuestro
Es bizarro.
TELLO.
Un clérigo de Evangelio
Y un músico?
REY.
Todos son
Hombres.
TELLO.
No son.
ELVIRA.
A Dios dejo
Mi venganza.
GINESA.
Y yo á mis manos.
REY.
Echadlas fuera.
ELVIRA.
¡Traemos
Muy gentil padrino en vos!
GINESA.
Tal le dé Dios el remedio:

¿A esto nos trujo?

BUSTO. (Ap.)

¡Ay amor!

Todo soy bárbaros celos.

Daré muerte al Infanzon.

DOÑA LEONOR.

Padre y señor, poned fuego

A esta casa: hablad al Rey.

DON FERNANDO.

Poco favor hallaremos.

REY. (Ap.)

¡En buena opinion estoy!

DOÑA ELVIRA.

¡Justicia!

GINESA.

¡Justicia!

DOÑA ELVIRA.

¡Cielos!

Vengadme deste tirano.

CORDERO.

Digan, ¿qué mal les han hecho?

TELLO.

Mis bodas cesen por hoy,

Que es todo azares y agüeros.

CORDERO.

Los brindis se han malogrado.

DOÑA LEONOR. (Ap.)

¡Ah, si fuera el plazo eterno!

REY. (Ap.)

Ofendido voy.

TELLO.

Las bodas

Aguardaréis.

REY. (Ap.)

Este necio

Verá si es cruel, ó es justo

En Madrid el rey Don Pedro.

FRAGMENTO 3.º

(Compárese con el pasaje correspondiente que principia en la página 601, columna 1.ª de este volumen.)

REY

Pueblo, yo soy vuestro Rey,

De Pelayo decendiente,

Y de Enrique de Lorena,

Deidad de los portugueses.

El glorioso rey Alfonso

Undécimo, que en Dios muere,

Y la alta Doña María,

Hija de los sacros reyes

De Portugal, son mis padres,

Cuyo matrimonio fénix,

Aunque veis tantos infantes,

Un rey os dió solamente

Legítimo, que soy yo;

Que mis hermanos proceden

De otra madre, aunque por ella

Su sangre no desmerece,

Restaurando en lo Guzman

Lo que en lo bastardo pierden.

Yo, pues, desde hoy, imitando

Los asirios y atenienses,

Que en las puertas de sus cortes,

Huyendo sacros doseles,

Adonde la Majestad

Se retira y no se teme,

En unas sillas, llamadas

Exedras, oían siempre

Las quejas de sus vasallos;

Quiero que en Madrid comience

Esta ceremonia antigua,

En ciudades diferentes

Exedras edificando

Donde la justicia reine,

Y esté la misericordia

Ceñida de olivas verdes;

Y así pedidme justicia.

TODOS.

Solo pedimos que sueltas

Al Infanzon.

REY.

Ese loco

Es á mis leyes rebelde

Y tirano, y en Castilla

Nadie atropellarlas piense;

Que en su amparo, vive Dios,

Que aun no perdone y respete

A Don Enrique mi hermano,

Que es el que tenéis presente.

Sáqueme luego al suplicio,

Y este gigante escarmiente

Los que lo imitan, y vean

Que este cetro resplandece

En los rayos desta espada,

Que es sol, y es de luz su temple,

Haz, Don Alonso, sacalle,

Y al criado juntamente.

DON ALONSO.

Señor....

REY.

No repliques, basta.

DON ALONSO. (Ap.)

No se acuerda, ó no me entiende.

REY.

¿No vas?

DON ALONSO.

Señor, esta noche

El Infanzon las paredes

De la torre rompió....

REY.

Basta.

¿Y las guardas?

DON ALONSO.

No parecen.

REY.

El pueblo le ha libertado;

Que destas voces se entiende.

Mas, vive Dios, que por ello

Cruel y ingrato ha de verme.

(Ap. Esto es ser amigo y rey.)

Salen el INFANZON, CORDERO

Y MENDOZA.

Ya aquí los ladrones tienes

Que los caballos robaron.

CORDERO. (Ap.)

Hoy soy cordero inocente.

DON ENRIQUE.

No son ladrones, Mendoza,

Los que ladrones parecen.

DON ALONSO.

Ya el reo tienes aquí.

TELLO.

¿Quien me ha librado, me prende?

REY.

Si te habias escapado,

¿A qué, loco, á mis pies vuelves?

TELLO.

A pedir misericordia.

REY.

No la alcance el que no eree

Los consejos del amigo,

Y á un rey justiciero tiene

Ofendido. A la villana

Dale la mano, y celebre

El matrimonio, y despues

A la justicia se entregue.

TELLO.

No me cases, si me matas;

Si me matas, no me afrentes.

ELVIRA.

Y á mi, si me honras, señor,

Sin marido no me dejes.

CORDERO.

De nosotros, si nos casas,

¿Qué mas castigo pretendes?

DOÑA LEONOR.

Si á Don Rodrigo me quitas,

Con el Infanzon me vuelve

Mi honor y padre difuntos.

DON ENRIQUE.

Hoy vuestra Alteza los premie

A todos, pues la justicia

Por la piedad resplandece.

REY.

Por vos, hermano, permito

Que á sus mujeres se entreguen.

DON ENRIQUE.

Dellos disponed las tres.

ELVIRA.

Yo quiero que absuelto quede

Del delito y de la mano,

Como me permitas que entre

En el convento que á Dios

Le consagras.

REY.

Premio es ese

Que yo no puedo negarte,

Y en él de mis rentas tienes

La mitad para que vivas.

DOÑA LEONOR.

Y yo de la misma suerte

Esposo quiero elegir,

Como tu Alteza me deje

A la Infanta y mi señora

Servir.

REY.

El cielo pretende

Que se pague á la clausura

Lo que mi rigor le debe.

Vivo quedas, Infanzon:

Mi Majestad obedece:

No me irrites soberano,

Ni me provoques valiente;

Que el que sabe así ser rey,

Sabe ser Don Pedro, y puede

Rendir soberbias espadas,

Y cortar cuellos rebeldes.

Y esto basta. Enrique, tú

Ahora el puñal me vuelve.

DON ENRIQUE.

Y como á deidad, es justo

Que en tu vaina le respete.

REY.

Dame esos brazos.—Cayóse

La corona.

DON ENRIQUE.

Aquí la tienes.

REY.

La corona y el puñal

A un tiempo te favorecen:

No sé, hermano, qué imagine;

No sé, Enrique, qué sospeche.

DON ENRIQUE.

Sospecha que en mi un vasallo

Tienes, gran señor, que vuelve

Por tu reino en la corona,

Y en el puñal por tus leyes.

REY.

Abrázame.

DON ENRIQUE.

¡Quiera Dios

Que esta amistad se conserve!

REY.

Immortal será en los dos,

Enrique, siendo obediente.

DON ENRIQUE.

Esta obediencia te juro.

REY.

Vamos, por que se comience

El edificio Real.

TELLO.

Y aquí tenga fin alegre

El Rey Don Pedro en Madrid,

Sin casamiento y sin muerte.

III.

Observaciones acerca de la comedia titulada LA PRUDENCIA EN LA MUJER, por Don Agustin Duran.

La comedia de *La prudencia en la mujer* es una de las históricas en que más parece haberse esmerado Tirso. Por esto conviene hacer algunas observaciones sobre ella, y también porque renne á su mérito literario lecciones de acendrada lealtad y noble caballería, muy dignas de ser conocidas é imitadas, tanto por los príncipes como por los súbditos.

La acción del drama comprende los años de la minoridad del rey de Castilla Don Fernando el IV, durante los cuales su madre, la reina Doña María, gobernó el reino, y conservó la corona de su hijo contra sus tíos Don Enrique y Don Juan, que armando parcialidades pretendían arrancársela, y aspiraban por ambición á la mano de la Reina. Don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, no dejó de tomar parte en estas turbulencias; pero tal como el poeta nos le pinta, menos ambicioso que enamorado, es uno de aquellos nobles y valientes caracteres, producto de los siglos heroicos. Pretendiente de la Reina, pero leal al Rey, solo aspira á obtener los triunfos del amor, dejando lesos los legítimos derechos del hijo de Sancho el Bravo. Amante, hace la guerra; vencido, cede al amor respetuoso, y siempre rechaza con nobleza los planes pífidos que le proponen sus rivales, mas sedientos del imperio que de los favores de la Reina. Don Diego es en fin el tipo de aquellos caracteres honrados, aunque ásperos y rudos, en que se reunen todas las virtudes de la caballerosidad y nobleza.

Desde la primera escena del primer acto (pág. 287) compuesta en octavas llenas, ricas y sonoras, se hallan de manifiesto y perfectamente trazados los caracteres de los infantes Don Enrique, Don Juan y el de Don Diego Lopez de Haro. Ambicioso, pero tímido el del primero, es el del segundo muy propio del que asesinó al jóven Guzman el Bueno, como el del tercero lo es de un señor grave y lleno de honor, pero arrebatado de una viva pasión amorosa. Tal vez en esta escena se extravia Tirso, sacrificando el buen gusto al culteranismo de que adoleció la corte de Felipe, hablando el lenguaje alambicado y sutil que usaban los galanes; pero es pocas veces, y en desquite presenta sus ideas con formas tan poéticas, con galas tan bizarras y con versos tan llenos y sonoros, que es imposible resistir á la magia de su estilo, ni á sus gracias.

El romance que pone á continuación de dicha escena, (pág. 287 y sig.), en el cual la Reina reconviene á los Infantes y á Don Diego por sus discordias y ambición, es en su género un bello trozo de poesía, y apenas se hallan en él motivos graves de censura. Así sucede también respecto á las buenas octavas que le siguen, donde dan á la Reina su respuesta los ambiciosos pretendientes.

No es ménos reparable la creación del carácter de Benavides y el de los Caravajales, que siendo individuos de dos familias que se odian y banderizan, suspenden generosamente sus parcialidades y disturbios, y se reunen para la defensa de su Rey inocente, sin parar hasta reconquistarle la corona.

Debemos recomendar además la escena de dicho acto (pág. 289), que pasa entre los Caravajales, cuando el Don Juan, uno de ellos, sale de desposarse furtivamente con Doña Teresa, hermana de Benavides; y aquella (páginas 289 y 290) en que este, sospechoso de lo que pasa, llega de Leon para cerciorarse de la afrenta que presume, y en que convencido de su ofensa, reconviene á sus enemigos. Así también es digna de reparo la de la pág. 291, en la cual la Reina pide auxilios á las dos familias enemigas, y en que estas, acatando al Rey niño y á su madre, olvidan los odios que los separaban, uniéndose para defender la causa de su soberano.

Es admirable la del acto segundo (pág. 295), donde Is-

mael, médico judío ganado por Don Juan el infante, trata de entrar en el cuarto del Rey para darle un veneno en vez de una medicina. El juego teatral que producen los temores y esperanzas del asesino, la alucinación que le inspira la vista del retrato de la Reina, la caída del cuadro que cubre la puerta de la cámara real, cuando va el judío á penetrarla, y la aparición inesperada de la misma, causan un efecto maravilloso. A la verdad estos medios son reprobados por los clásicos austeros; pero no por eso dejan de estar en armonía con la naturaleza del corazón humano, y de conmoverlo vivamente.

Pues ¿qué dirémos del modo con que el autor prepara el lance que sigue al anterior? ¿Cómo nos pinta el alma de una madre, cuando con una sola mirada conoce los intentos del asesino, y cuando penetra en lo íntimo de sus pensamientos y le hace confesar su crimen, alucinándole con la perspicacia de su vista, sin dejarle arbitrio para negar! ¿Qué dirémos del noble y magnánimo porte que usa con sus enemigos, y de la confianza que la inspira su propia fuerza al perdonarlos vencidos, ó resistirlos vencedores? Solo el cobarde es cruel, solo el miedo se ceba en la sangre; mientras el valiente se complace en perdonar, el pusilánime, que en todo ve peligros, asesina vilmente á los vencidos. Así es como Tirso y los grandes poetas arrancan su secreto á la naturaleza, y saben idealizar los grandes caracteres, pintándolos con pincel fuerte y vigoroso. La reina Doña María fué una de las mayores heroínas que han producido los siglos, y su retrato ha sido comprendido por nuestro poeta de un modo admirable. Aquí nos la muestra valerosa, política, casta y honesta, sabia y prudente, levantando el trono de su hijo de entre las ruinas que formaron las facciones. Como reina, vende las villas y lugares de su dote, se deshace de sus joyas, empeña sus tocados y queda pobre antes que consentir que se oprima á los pueblos con tributos; como esposa y madre, desprecia la corona que la ofrecen los que se la pudieran quitar, por guardar al difunto esposo la fe jurada, y al hijo el amor materno. Tal se la ve en la escena de las páginas 294, 295 y 296, y siempre superior á sí misma en la fortuna pública, y en las desgracias privadas. En ellas noble y constante, triunfa de los enemigos propios y de los de su hijo, á pesar de que este, ansioso del mando, se deja seducir y arrastrar de ellos, contra una madre á quien debe el cetro y la vida. Tal es el carácter que con maestría ha desenvuelto Tirso en el presente drama, reuniendo á las tradiciones históricas todas las galas poéticas de locución, estilo é invención que le sugirió su ingenio fecundo. Si lo ha conseguido, si logró sostener sin retroceso un interés continuo en las diversas situaciones que inventa ó ordena, no hay que acusarle de que olvidase unas reglas ajenas del género de drama que cultivó.

A la verdad, el Rey que empieza el drama como niño de tres años, le acaba siendo ya jóven de diez y ocho; pero también el espectador, anheloso por ver el fin del gobierno de Doña María, y la manera como se desenvuelve de los traidores que la persiguen, no repara en el tiempo que para ello emplea. El interés dramático crece de escena en escena; la curiosidad de ver el desenlace, crece también; y la verosimilitud producida por la de la unidad del tiempo, ni se exige, ni se nota que falta. Como en nuestro teatro antiguo es todo acción, no se permite el uso de la narración sino rara vez, y para cosas que están fuera del asunto esencial del drama: así pues, si se ha de obtener el efecto deseado, es preciso pasar por los inconvenientes que traen consigo las formas románticas, so pena de haber de renunciar á las bellezas que producen en otro sentido de im